

## A vueltas con la B(isexualidad)

Itziar Ziga

Eugeni Rodríguez me contó una noche que, en la siguiente reunión de la Comisión Unitaria del 28 de Junio, iba a plantearse la inclusión de la letra B de bisexual en las siglas que aglutinan los actos entorno a este día. Es decir, pasar de GLT a GLBT. Aunque como *ex\_dones* estamos en la lista de colectivos que conforman dicha comisión, voy a ser honesta: sólo había acudido antes a una de estas reuniones. Pero no podía faltar el día en que iba a debatirse la dichosa bisexualidad desde la que se han empeñado tantas veces en comprenderme y con la que jamás me he identificado.

Por esa época, unas redactoras del programa de TV3 *Entre líneas* me habían localizado para que participara en un reportaje sobre personas bisexuales. Pensé: coño, si que se ha puesto de moda el tema. Cual fue mi sorpresa cuando ellas me dijeron que habían solicitado a la Comisión el permiso para acudir a la siguiente reunión, porque uno de los otros dos entrevistados iba a defender allí la inclusión de la B en nombre del colectivo universitario Sin Vergüenza.

Me puso bastante nerviosa la idea de que un debate interno, asambleario y político, fuera pasto de la telerrealidad. Pero la comisión decidió finalmente acceder a la entrada de las cámaras. No me esperaba el espectáculo a lo campaña electoralista de Hillary Clinton que íbamos a encontrarnos al llegar al Col.lectiu –sede en aquella reunión- Maro, Eugeni y yo aquel sábado 24 de febrero de 2007. Había unas doce personas ataviadas con camisetas azules que rezaban “bi happens” rodeando la mesa en la que se debatiría B sí, B no. ¡Tan emocionante!

Laia y Mariona, las chicas de la tele, fueron respetuosas, sin duda, y el reportaje quedó bien a mi parecer. Sentí que habían entendido lo que deseaba transmitirles y que habían sabido reflejarlo. Y no es tan fácil explicar ni comprender una vida sin la bipolaridad de género omnipresente.

Mi madre, por su parte, me comentó irónica: para eso te he pagado la carrera de periodismo, para que salgas contando en la televisión catalana con todo el mundo que follas.

Ahora paso a detallar por qué no queríamos ni oír hablar de la B.

En primer lugar, me ponen bastante nerviosa las palabras que empiezan por bi. Dos sexos, dos géneros: el determinismo dicotómico que nos ha hecho a todas, a todos, tanto daño, seamos maricas, bolleras, hetero-insumisas; trans o bio-mutaciones del mismo cuento tan limitado. En lo que se refiere estrictamente a definir la trayectoria del deseo, yo no me siento atraída por mujeres y por hombres solamente. En los últimos diez años de mi vida he follado y me he enamorado de infinitas mutaciones de género más.

Pero el problema que le encuentro yo a la B no radica únicamente en que denote “me gustan los hombres y las mujeres”, sino que nos reduce al aceptarla a “somos hombres o mujeres”. Y creo que estamos a una altura de la jugada en que, gracias al activismo transgénero, feminista, lésbico y gay de los

últimos cuarenta años, hoy podemos soltar el ancla del género, aunque sea simbólicamente.

Enunciarnos como ex\_dones para es una autoprovocación, un simulacro, un paso titubeante pero decisivo desde el feminismo, que lleva tantos años comprendiendo y denunciando qué coño significa que nos nombraran como mujeres al nacer, precisamente por el hecho de tener entre las piernas algo que el médico identificó como un coño.

Entiendo el género como una violencia, como la violencia primigenia. Segregarnos como mujeres u hombres es imprescindible para articular todas las demás violencias que nos irán socializando después a lo largo de nuestra existencia. Sin la división patriarcal del trabajo no existiría el capitalismo, a ver a que Estado le salen las cuentas si el cuidado de las vidas humanas no fuera desarrollado gratis por las mujeres. Sin el determinismo de género no sería posible la heteronormatividad, ni la homofobia, y todas las que aparecemos en este libro dedicaríamos nuestro tiempo libre a otras cosas.

Sin ese corte doloroso que pretende dividir la humanidad en dos, la maquinaria médica no intervendría con toda su saña en los cuerpos de bebés diagnosticados hoy intersex. Cualquiera podría transitar de un lado al otro sin dar explicaciones a nadie y sin pasar por un calvario hospitalario y burocrático. Los géneros se multiplicarían hasta diluirse...

Puede parecer una proyección utópica pero creo que todo esto, a nivel de lo que son nuestras vidas, de lo que es todo un entorno aquí en Barcelona, ya existe. Como dice Judith Butler, mutaciones de género más allá del estrecho umbral mujer/hombre, “han existido desde hace mucho tiempo, pero no han sido admitidas entre los términos que gobiernan la realidad”. Y, continuando con la Butler, que hace unos meses estuvo en la Bata de Boatíné –nuestro antro de encuentro y perdición, denominado “abrevadero queer” por su dueña, la Miquela, en carteles y flyers- la tarea de la política internacional GLT “es nada menos que rehacer la realidad, reconstituir lo humano y negociar los términos de lo que se considera habitable y lo que no”.

Por eso creo –como mantuve en aquella reunión- que reivindicar la bisexualidad es negar esta rotura del orden bipolar que nosotras mismas estamos provocando. Es reduccionista, limitador, y contradice la política desgeneradora tan avanzada de una comisión que mantiene términos de radicalidad sexual en estos tiempos en que el Orgullo se vende finamente embotellado en los comercios de Chueca y el Gaiexample. Una comisión que no permite a los empresarios del euro rosa promocionarse en la manifestación del 28J como si de un desfile se tratara, que habla de opción y no de orientación, de liberación y no de orgullo,... Ay, me daba mucha pena descafeinar un discurso tan audaz incluyendo a una B para mí tonta.

Bisexual es arcaico. Pertenece a una época en la que se hablaba de travestis, de mujeres que nacieron hombres, de hombres atrapados en cuerpos de mujeres. La B se come a la T de transgénero que viene después. No es que debiéramos incorporarla en Catalunya, sino que el resto de comunidades tendrían que replantearse qué sentido tiene mantenerla.

Otro de los argumentos que desarrollé para oponerme a la inclusión de la B tiene que ver con las identidades políticas. Como practicante de sexo con todos los géneros conocidos y por conocer, considero que mi lucha está en defender mis deseos que desde la norma tratan de ser reprimidos, no aquellos que la

norma me aplaude. Como polisexual, omnívora, perra, sólo soy reprimida cuando me visualizo como bollo, no cuando me visualizo como hetero. Por ello, Me siento totalmente incluida en las siglas GLT. Y la bisexualidad, demasiadas veces, es un armario intermedio en el que seguir escondiéndose. De hecho, en el entorno del F.A.G.C. hay activistas heteros que no sienten desafiada su identidad al portar una pancarta gay o lesbiana, que no necesitan puntualizar “yo soy hetero, no te confundas” ni defienden su privilegio.

En aquel intenso debate se llegó a oír que ya era hora de reivindicar la heterosexualidad en la manifestación del 28J. A Eduard del F.A.G.C. casi le da un infarto, veintitantos años de activismo para escuchar semejante perla. Hay cierta tendencia en los tiempos que corren a explicar las realidades de hombres y mujeres obviando la tiranía patriarcal, a retratar a bolleras y maricas sin tener en cuenta la homofobia histórica que inevitablemente cruza sus vidas—histórica porque nos lleva negando y exterminando siglos, no porque sea agua pasada-. Hay gente que parece flotar en el líquido azul de los anuncios de compresas. Me muero de la risa con el victimismo hetero, lo peor es que hay algunos que se lo creen de verdad. Siempre pienso: ¡carriño, no nos echéis la culpa a bollos y a maricas de que no te comas un roscó!

Además, es evidente que muchos gays pasan una noche loca de vez en cuando con una mujer —personalmente, puedo atestiguarlo—, que muchas bollos tienen fantasías con hombres, que la heterosexualidad pura es una falacia. Si yo soy bollo y me lío con un trans masculino, ¿paso a ser heterosexual o bi? Nuestra complejidad no cabe en la estrechez de un mapa que pondría en un extremo a bollos y a maricas, en el otro a heteros y en el territorio intermedio a bisexuales.

No se trata de con quien follamos, es una cuestión de opresión y de alianzas políticas, de identidades estratégicas.

En fin, ante la presión de las “bi happens” —y no de sus argumentos—, la comisión aceptó incluir la B. Me pareció una decisión inteligente: sólo faltaba tener a una panda de universitarios acusándonos de bifobia con la tele en directo...

Hay otro tema que resaltar: ni el grupo BI ni yo hemos vuelto a ninguna reunión de la unitaria. Ya nos vale, marearles con todo el curro que tienen para que nos escuchen y desaparecer sin arrimar el hombro. Este curso que empieza acudiré en nombre del F.A.G.C. (Y lo hice, pero no volví a ver a penas a ninguna de las alborotadoras bi).

A pesar de perder la partida, Eugeni, Maro y yo salimos burbujeantes de allí. Nos sentamos en una mesa de El Boliche del Raval para compartir nuestras impresiones acompañadas de pizza argentina y cerveza. Recuerdo aquella conversación al detalle. Y concluyo con la gran Gioconda Belli -se me sale el tampax sólo de recordar sus palabras-: *“soy una quijota que aprendió en las batallas de la vida, que si bien las victorias pueden ser un espejismo, también pueden serlo las derrotas”*.